

LOS BAILES

En el círculo de la Concordia

Con animación franca y juvenil, propia de estas reuniones, única y exclusivamente dedicadas a Terpsícore, se han celebrado los tradicionales bailes, en los que la gente joven hizo gala de su alegría y buen humor, no dando materialmente descanso a los pies.

Difícil tarea para nosotros tratar no ya de describir, sino ni aún la de recordar tanta y tanta belleza con que nuestros ojos se deleitaron.

Nota simpática, fué la presentación en los bailes del lunes y martes, de un precioso ramillete de muchachitas, con disfraces que hacían resaltar aún más sus naturales encantos. Linda, muy linda, vimos a Carmela Rubio, de Valentina de los Hugonotes, de negro y rosa; en una preciosísima griseta, reconocimos a Consuelo Morales; dando todo el aire majestuoso a su disfraz, nos deleitó Juanita Morales Caminero, de dama del Imperio; más bonita que nunca, admiramos a Crescencia O. de Pinedo, de húngara; dos gitanas, muy gitanas, eran Anuncia y Ascensión Castell; con toda el alma y la graciosa cadencia de la tierra, descubrimos una linda filipina, en Milagritos Rodríguez; y en unas «Francisquitas» llenas de toda la gracia y encanto todo, nos hechizaron Isabel y Agustina Velasco; María Izarra; Encarnación Peñasco; Luisa, Carmen y Presentación Sanz; Julia Madrid; Luisa Cervigón; María Ballenato; Crescencia O. de Pinedo; Milagros Rodríguez y Anuncia y Ascensión Castell. ¡Nada que el lunes imperaron las «Paquitas»! Muy española, se presentó la señora de Peñasco (D. Magdaleno) de manola. Vimos a Teresa Delgado, con gracioso mantón de Manila, amarillo y azul; Juanita Morales y Gloria Caminero, blancos; María Garrido, amarillo; María Ballenato, blanco con flores bordadas en color; Felisa Caminero, amarillo; Patricia Caminero, blanco; Alfonsa García Rojo, blanco sobre fondo morado; blanco con flores bordadas en color, eran igualmente los que lucían Julia Madrid; Gracia Laguna; señora de Llopis y señora de Medina; gris y rojo, señora de Domínguez; blanco, el de la señora de Garrido, y blanco y rojo, el de la señora de Montero.

A los acordes del jazz-band, solteros y casados, se divertieron de lo lindo, y armonizando lo agradable con lo práctico, tras un ligero descanso en que los «chicos de la casa» hicieron los honores a las lindas bailarinas, terminaron los bailes, muy entrada ya la madrugada.

Plácemes tan solo, merecen los que pusieron todo su empeño en el mayor éxito de tan simpáticas fiestas; y la alegría que en ellas reinó debe ser su más legítima recompensa. Pero...—¡maldito pero!—